

Dr. Olindo Adrián Luis Martino (1930-2017), por el Dr. Emilio Gimeno



PALABRAS PARA DESPEDIR UN AMIGO...

Conocí a Olindo hace más de 50 años, cuando los dos entramos como docentes en la Facultad de Veterinaria de La Plata. Él como Profesor Adjunto, a cargo de la Cátedra de Salud Pública de la carrera de Bacteriología y yo como Jefe de Trabajos Prácticos en Infecciosas. Ambos formamos parte del Departamento de Epizootiología y Salud Pública y ambos participábamos en las reuniones mensuales del mismo, donde teníamos oportunidad de analizar, discutir y proyectar, actividades de la profesión y aplicar criterios diagnósticos y terapéuticos. En esas reuniones Olindo como médico, compartía los problemas veterinarios y decía que aprendía de nosotros, cuando en realidad nos estaba enseñando una metodología para enfocar los problemas.

Martino ejercía una medicina holística donde el clima, el suelo, el agua y el aire, participaban dentro de la patología, como factores predisponentes y determinantes. La veterinaria, que es una medicina con raigambres económicas ligadas a esos factores, le encantaba. Y mientras modestamente - como era siempre su costumbre - nos agradecía poder participar en nuestros problemas, en realidad éramos nosotros los que debíamos estar agradecidos por su contribución, con amplios puntos de vista como médico ambientalista.

Su extraordinaria bonhomía, la expresó en toda la problemática médico- social. Desde su época de médico tropicalista, formado en la escuela de San Pablo (Brasil), siempre se dedicó a enfrentar los casos que atacan por lo general a los estratos más pobres de la sociedad. Ello lo llevó a ejercer una medicina multifacética. Desde el hospital Muñiz, en

la Capital, hasta atender las endemias parasitarias del norte de nuestro país, o participar en las epidemias de cólera en Perú, o correr a Ruanda y Zaire en el África, para asistir a los damnificados por la guerra tribal entre “Tutsis” y “Hutus”, que se llevó más de 800.000 muertos, no solo por la violencia, sino por el hambre y la pobreza. Martino, cumplió con esas misiones bajo la bandera argentina, mandado por una misión de la ONU, que reconoció sus valores humanos y de médico especializado en desastres.

Las dificultades nunca lo arredraron, aún en la actualidad alternaba los sillones de la Academia de Medicina en la calle Las Heras con viajar incómodo al noreste de nuestro país para atender y asesorar diversos centros asistenciales, en pleno Impenetrable o en el Chaco salteño, donde la pobreza es la verdadera causa de las patologías, no solo los microbios y los parásitos.

Tenía por nuestra Academia una especial predilección, quizás continuación del afecto que lo unía a nuestra profesión en nuestra antigua Facultad, que se expresó cuando comenzó a escribir su particular libro sobre las enfermedades causadas por la agresión de los animales, obra donde se analizan los complejos efectos y causas, de la interacción animal con el hombre.

Su obra póstuma, “La infectología que aprendí, viví y sentí” - que no pudo llegar a presentar públicamente, y a cuya editorial yo tuve el honor de presentarle para editarlo - es el relato de una vida con las alegrías y sufrimientos de un hombre de gran sensibilidad humana y de gran capacidad científica. En ella alternan los premios y reconocimientos por su capacidad médica y técnica, demostrada en el país y en el extranjero, con las tristezas que causan la muerte, la miseria y la inequidad humana, que existen en los problemas sociales y que son la causa coadyuvante de los problemas de salud.

Martino se definió a sí mismo como “un médico con sensibilidad social”. Sirvan estas palabras para recordar su vida como expresión de su múltiple capacidad médica, pero más para reconocer a un hombre que nos acompañó siempre, con su infinita comprensión y bondad.